

Calderero, sastre, soldado, espía

MAITE PAGAZAURTUNDÚA

La novela de Le Carré 'El topo' acaba de conocer una adaptación cinematográfica del mismo título que ha empujado literalmente a los cines a algunos nostálgicos de la serie que grabó la BBC y se estrenó en 1979. Algunos devotos de la serie temían encontrar a Smiley encarnado por un actor distinto a Alec Guinness en un papel tan antiheroico, tan aparentemente pasivo como el del hombre fiel al que fue jefe del espionaje británico y por cuya lealtad terminó siendo depurado de su puesto. Su jefe había terminado muriendo obsesionado por la sospecha de un topo en la cima

del sistema de espionaje antisoviético.

La serie televisiva se acomoda mejor que la película a los laberintos que describe minuciosamente Le Carré, pero con todo, es capaz de reflejar la decadencia de los servicios secretos diseñados en el bloque occidental para hacer frente a la denominada 'Guerra Fría' durante la década de los setenta. No fueron los servicios secretos los que derrotaron al totalitarismo soviético, eso ya lo sabemos ahora, pero Le Carré en los años setenta sabía que aquellos que habían sido designados como la élite de la inteligencia desde luego no lo iban a conseguir. En la intriga de la his-

toria, el personaje conocido como Karla encarna a un enigmático director del decimotercer Directorio del Centro en Moscú. Karla crea laberintos y trampas para la patulea de tipos engreídos, desconfiados, ambiciosos y envidiosos que forman la élite del servicio secreto y que se hallan estancados en una pura charca de poder mientras aseguran estar evitando la III Guerra Mundial. Karla tiene un topo infiltrado, pero sobre todo consigue mover las otras piezas que componen la cima del servicio, porque conoce el patrón de sus comportamientos, sensibles a encenderse con cualquier cosa que parezca útil para lucirse delante de sus superiores.

La máxima decadencia de la estrategia de nuestros totalitarios locales seguramente también podría llegar por el propio contraste con la vida real, pero entre tanto, no parece inoportuno recordar que la clave de una estrategia antiterrorista democrática que busque la derrota del terrorismo es obligar a aceptar el puro imperio de la ley. Convertir la agenda propia y sus tiempos en la de los objetivos intermedios del mundo de ETA-Batasuna parece un episodio de uno de los laberintos urdidos por un Karla con txapela.